

Nueva GACETA

SUMARIO

JOSE BERGAMIN: "Carta a los escritores soviéticos"; MAX DICKMAN: "El caso de un novelista"; RIMAN GOMEZ MASIA: "Rivadavia en nuestros días"; LEON KLIMOVSKY: "Una nueva etapa en el cine"; LUIS ORDAZ: "Los teatros independientes"; JOSE PORTO GALLO: "Millicencia del poema y del sueño"; PABLO NERUDA: "Un canto para Bolívar"; ARTURO SANCHEZ RIVA: "Un empirista jactancioso"; IGNACIO SENDER: "No importa quién"; REDACCION: "Los días, los hechos, los hombres".

Ilustraciones de Carybé, Ramón Gómez Cornet, Sigfredo Pastor y Lin-guier.

10 CENTAVOS

REVISTA DE LA AGRUPACION DE INTELLECTUALES, ARTISTAS, PERIODISTAS Y ESCRITORES

AVENIDA DE MAYO 1370, 2° PISO, BUENOS AIRES, REPUBLICA ARGENTINA. — 1ª QUINCENA DE SEPTIEMBRE DE 1941 — N° 8

RIVADAVIA EN NUESTROS DIAS

Acaba de conmemorar el país un nuevo aniversario de la muerte de Bernardino Rivadavia. Ante el mausoleo que conserva los restos de nuestro primer héroe civil, desfilaron algunos estudiantes, agrupaciones democráticas e instituciones privadas. Faltó en los homenajes recordatorios el auspicio decidido del gobierno, ese calor oficial que tanto se prodiga cuando se trata de ensalzar la gloria de la institución policial, o la de un toro campeón no menos benemérito. Esta falta de adhesión oficial en la efemérides bien merece un instante de reflexión.

Sin duda alguna, las fuerzas sociales representadas por nuestros actuales gobernantes no pueden sentir una resuelta simpatía por el hombre que promulgó con su firma, junto a la de los componentes del Primer Triunvirato, el decreto del 23 de noviembre de 1811, que contiene la primera declaración de derechos individuales que ha conocido el país. Al año y medio del movimiento de Mayo, en plena gesta revolucionaria, en un momento en que el gobierno patrio peligraba ante los éxitos recientes de las armas realistas y la descomposición política que se insinuaba entre los patriotas,

no vacilaba Rivadavia en conferir a sus conciudadanos la dignidad de hombres, reconociendo a los habitantes del país los derechos del hábeas corpus, la inviolabilidad del domicilio y de la defensa en juicio, la libertad de inmigración y de tránsito, la prohibición de mortificar a los detenidos en cárceles. Esos derechos, inherentes a la personalidad humana, pasaron íntegramente a la constitución del 53. Se mantienen todavía inscriptos en nuestras instituciones, existen teóricamente, pero han ido desapareciendo de nuestras prácticas, derogados uno a uno por la acción disolvente y antidemocrática de los ejecutivos que han venido sucediéndose desde 1930. La obra de nuestros próceres ha sido destruida por habilitados procuradores enredistas, que desde distintos lugares de la función pública han dedicado sus energías a desmantelar aquel preciado patrimonio que nos fué legado por los fundadores de la nacionalidad. Hemos vuelto de nuevo a la Colonia. Los habitantes del país no son ya hombres libres, como quería Rivadavia, sino súbditos, como quería Fernando VII.

No puede ser Rivadavia una figura de grato recuerdo

para las fuerzas de la oligarquía que detentan el gobierno. La política rivadaviana no puede conciliarse con el nuevo orden, ya se considere éste en su crudo planteamiento nazi-fascista, ya se lo contemple en su aspecto estrictamente criollo-vacuno, que es análogo al anterior, sólo que salpicado aquí, allá y acullá de ciertos toques autóctonos, como ser el fraude electoral, la Virgen del Valle, el obelisco y algún que otro discursito de acendrada fe democrática para engañar a la opinión pública internacional.

Sin contar con los interesados en conservar a todo trance sus situaciones personales, sin contar con los usufructuarios de la política represiva de las libertades, hay también —debe haberlos— hombres de gobierno que son ciegos instrumentos de las obscuras fuerzas que los encarrinaron en el mando. Aun para estos últimos —a los que podríamos llamar los reaccionarios de buena fe— Rivadavia no es más que un simple ideólogo, un político fracasado. La corrupción de la conciencia pública, tarea en la que se viene trabajando sin descanso hace más de diez años desde las más elevadas esferas, ha convertido en esta miserable doctrina la del realismo político. El éxito o el fracaso de un hombre de estado no se miden ya por el vigor de sus ideas de gobierno y su capacidad para llevarlas a la práctica, sino por el grado de su habilidad para esculcar posiciones y conservarlas por cualquier medio, así sean éstos la trampa electoral o la intriga palaciega. El arte del gobierno no es ya la aplicación operacional de determinadas ideas de gobierno. Ahora es un pequeño problema de medro personal, para cuya solución no hay nada preferible a carecer totalmente de ideas. Solución que, naturalmente, jamás estuvo al alcance de los cándidos ideólogos como Rivadavia, que consideraron el poder como un medio y no como un fin en sí mismo.

Si Rivadavia hubiera renunciado a construir una nación, si hubiera pactado con los caudillos, con el clero reaccionario y españolista, y con los especuladores que pretendían tierras públicas, quizás se hubiese mantenido en el poder. Su error —error para el criterio actual— fué el de servir al país y no a sus propios intereses. Por eso se condenó a morir en el destierro y en la miseria. Error en que no es fácil que incurra un ministro de nuestros días.

El 28 de junio de 1812 un negro de Barracas, de nombre Ventura, declaró ante el alcalde de su distrito que por conversaciones con un vecino se había enterado de que los españoles tramaban una conjuración con el fin de derrocar las autoridades patrias. La denuncia llegó al Triunvirato y Rivadavia tomó en sus manos el asunto. Mediante una rápida y enérgica pesquisa fueron investigados todos los detalles del complot y detenidos sus promotores. El jefe de los conjurados, Martín de Alzaga, fué fusilado el 5 de julio, a la semana justa de producida la denuncia.

También este episodio se presta a comparaciones con los hechos que estamos viviendo. El país ha asistido al descubrimiento de una conspiración en vasta escala, organizada por agentes de una potencia extranjera. Desde hace años era evidente la existencia de dicha conspiración, delatada por múltiples indicios. Numerosas denuncias llegaron hasta las autoridades. Las formularon ciudadanos dignos de respeto, instituciones responsables y hasta funcionarios públicos. En La Pampa, en Misiones, en el seno de la Cámara de Diputados, en la tribuna de las agrupaciones democráticas, voces sinceras dieron el alerta. Los nazis se organizaban militarmente: la quinta columna estaba constituida dentro del país; la libertad de la nación peligraba. ¿Qué hizo el gobierno frente a tales denuncias concretas? ¿Acaso, como Rivadavia, puso en súbita actividad todos los recursos del poder a fin de ahogar la conjuración? No. Lo que hizo el gobierno nacional fué redoblar su sangrada persecución contra los defensores de las instituciones democráticas. Fué impedir la circulación de la prensa artimazni. Fué subvencionar con avios oficiales los periódicos contrarios a nuestro orden civil. Fué deportar a los extranjeros que se hubieran manifestado públicamente enemigos de los regímenes totalitarios. Fué tolerar la prédica antidemocrática en los institutos de enseñanza de su dependencia. Fué lle-

(PASA A LA PAGINA CUATRO)

Román Gómez Masia



"OBRERO"
acuarela



EL CREDO DE UN NOVELISTA

Hoy todo escritor debe ser más que nada, hombre de la calle si desea captar la realidad y no jugar a escamotearla. Adios el escritor de rincón huraño y absurdo que todo lo vea desde su ventana. La torre de marfil hay que reemplazarla con el orduo contacto humano, las tertulias pascuenteras en el café por los viajes, el hablar mal de los colegas por un mejor conocimiento de su obra, la pereza y el levantarse tarde, con gimnasia y madrugadas sistemáticas y fecundas de trabajo.

Sólo así, se logra dar a lo que se escribe vigor, realidad y franqueza; sólo así el lector encontrará además del escritor al hombre profundamente humano, cuya alma y conciencia está abierta a todas las corrientes de la vida y del pensamiento. Sólo así se logra hacer el amor a la vida grande, a las alegrías y las penas que ella trae consigo. Sólo así se hace obra que resista la pollita temprana y el olar a museo que traen muchos libros consigo el día que ven la luz.

Hay que escribir con tanta exactitud y con tanta economía como si se aclaran ladrillos matemáticamente, como si cada frase costara muy caro. Derrochar palabras es un lujo que ya no admira el lector, es querer pasar por rico en un país de indigentes. La literatura actual no debe tener vientos, ni parecer demasiado bien alimentada. Son lujos de otras épocas. Un libro donde todo haya sido hecho con razonable economía, con mesura, es como un cuerpo atlético y esbelto. Tarda en verse, envejecerá con dignidad.

El escritor no puede dejar de descubrir las cosas sino mediante el órgano que se ha forjado. Pero de ahí a la sistemática deformación profesional hay una gran distancia.

No más escritores incomprensibles. No más libros que se leen sin comprender. Esta clase de libros ha afligido la literatura de América durante muchos años. Todos lo sabemos pero tenemos el prurito de no confesarlo. Se escamotea de esta manera la verdad en nombre de prejuicios que nos angustian.

El afán libresco ha creado una literatura con poco exigencia. Vida, mucha vida fuerte es lo que hay que poner en los libros. Me atrevo a lanzar este grito de alarma: sangremos a la literatura que agniza de apoplejía libresco. Así la haremos más humana.

Cuando los escritores respiran a pleno pulmón, escribirán libros donde los personajes sean gentes del pueblo. Yo prefiero los libros en los que se habla de gente sencilla y fuerte, que aquellos donde abundan las niñas de sociedad con complejos intelectualistas. Naturalmente que para cierto público, ocuparse de la gente del pueblo es malgastar el tiempo. Esos escritores y lectores se conducen como los nobles franceses con el pueblo, unas horas antes de la revolución de 1789.

A los que insisten que es necesario no olvidarse que la literatura es un arte, les diré que se puede escribir artísticamente sobre muchas cosas que no lo son. Esto hace del escritor, el artista y el ser humano a la vez. Pero los que desdennan el estómago y el sexo por que les parece mejor el alma y el cerebro, ignoran la realidad actual. El hombre vive hoy bajo la presión de los órganos de mayor preponderancia de su organismo. Las pasiones que en un tiempo parecían estar solamente radicadas en la cabeza, hoy lo espolean desde el estómago y el sexo.

Una literatura vigorosa no es nueva una literatura cerebral. Por eso el escritor que opta por ser "pueblo" es el que llegará al corazón de las masas, aspiración máxima del que tiene una verdad que decir. El escritor argentino recién está descubriendo a su país; y no creo que todavía lo haga de buen grado, sino por que las puertas de Europa se le han cerrado. Europa era como un balneario de moda en el que era indispensable remojarse para pertenecer a la casta literaria. Pero cuando las puertas se han cerrado a la fuerza, se descubre que no es tan malo, sino hasta muy interesante, pasar un verano en casa. Por eso afirmo que la guerra actual nos está haciendo un bien enorme a todos los escritores. Si ella dura lo suficiente como para que nos hayamos curado de ese snobismo, habremos realizado la más grande de las conquistas, es decir el conocimiento y por consiguiente la interpretación de nuestro propio país.

Max Dickmann

UN CANTO PARA BOLIVAR

Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire, de toda nuestra extensa latitud silenciosa, todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada: tu apellido la caña levanta a la dulzura, el estiano bolívar tiene un fulgor bolívar, el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar, la patata, el salitre, las sombras especiales, las corrientes, las vetas de fosfórica piedra, todo lo nuestro viene de tu vida apagada, tu herencia fueron ríos, llanuras, campesanos, tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.

Tu pequeño cadáver de capitán valiente ha extendido en lo inmenso su melódica forma, de pronto salen dedos tuyos entre la nieve y el austral pescador saca a la luz de pronto tu sonrisa, tu voz palpando en las redes.

¿De qué color la rosa que junto a tu alma alcamos? Roja será la rosa que recuerde tu paso. ¿Cómo serán las manos que toquen tu ceniza? Rojas serán las manos que en tu ceniza nacen. ¿Y cómo es la semilla de tu corazón muerto? Es roja la semilla de tu corazón vivo.

Por eso es hoy la ronda de manos junto a ti. Junto a mi mano hay otra, y hay otra junto a ella, y otra más, hasta el fondo del continente oscuro. Y otra mano que tú no conociste entonces viene también, Bolívar, a estrechar a la tuya. De Teruel, de Madrid, del Jarama, del Ebro, de la cárcel, del aire, de los muertos de España llega esta mano roja que es hija de la tuya.

Capitán, combatiente, donde una boca grita Libertad, donde un oído escucha, donde un soldado rojo rompe una frente parada, donde un laurel de libros brota, donde una nueva bandera se adorna con la sangre de nuestra nueva tierra, Bolívar, capitán, se dice tu rostro. Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo. Otra vez tu bandera con sangre se ha bordado. Los maltavados ategan tu semilla de nudo, clavado en otra cruz está el hijo del hombre.

Pero hacia la esperanza nos conduce tu sombra, el laurel y la luz de tu ejército rojo a través de la noche de América con tu mirada mira. Tus ojos que vigilan más allá de los mares, más allá de los pueblos oprimidos y heridos, más allá de las negras ciudades incendiadas, tu voz nace de nuevo, tu mano otra vez nace: tu ejército defiende las banderas sagradas: la Libertad sacude las campanas sangrientas, y un sonido terrible de dolores precede la aurora enrojecida por la sangre del hombre.

Libertador, un mundo de paz nació en tus brazos, La pa, el pan, el trigo de tu sangre nacieron, de nuestra joven sangre venida de tu sangre saldrá paz, pan y trigo para el mundo que haremos.

Yo conocí a Bolívar una mañana laica, en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento, Padre, le dije, eres, o no eres a quien eres? Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo: "Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo".

P A B L O N E R U D A

LOS DIAS • LOS HECHOS • LOS HOMBRES

Don Enrique de Gandía, ensayista.

Don Enrique de Gandía tiene adquirido renombre de historiador en el mundo oficial. Pero no es de don Enrique de Gandía el historiador, de quien queremos ocuparnos ahora. Es el ensayista quien reclama, momentáneamente, nuestra atención.

El suplemento literario de "La Nación", publica, el 31 de agosto, una entrega de Gandía, titulada "La revolución y la libertad", envidiable muestrita de figuras comunes. Comienza el articulista por afirmar una gran verdad: "La revolución perfecta no es una operación, sino un paso más en la evolución histórica". A continuación, sin embargo, afirma que "el hombre llamamiento es siempre un desesperado y, por lo tanto, un revolucionario". De donde se sigue que la revolución no es otra cosa que obra de la desesperación. Añadiendo a la revolución el simple carácter de un intento de resolver el problema del hambre de la mayoría —con olvido de las poderosas fuerzas que impulsan el devenir histórico— quedaría en pie la cuestión de saber qué factores determinan la existencia del hambre en un mundo con inmensas posibilidades productivas.

Pero don Enrique de Gandía no quiere plantearse el problema. Por eso se escabulle y pretende manejar la dialéctica. No otra cosa es esta nueva afirmación suya, exacta por lo demás: "Cada revolución lleva en sí el germen de otros elementos que la han de destruir a su vez". Lástima que la noción del ensayista no lo lleve a admitir que el socialismo, nacido de las entrañas del capitalismo, es un paso más en la evolución histórica. De haberlo advertido siquiera, no habría estampado este otro juicio, asaz ridículo: "Todo una historia de constante despotismo, por una parte, y de aspiraciones libertadoras, por otra, ha conducido a Rusia al comunismo y a la conducta, probablemente, a una nueva monarquía autocrática".

Pero, en el propio artículo de Gandía encontramos un motivo para justificar este apresurado juicio. Nos dice, en efecto, que "somos testigos y críticos. No podemos ser profetas". Y la verdad es que no necesitaba decirlo. Partiendo de afirmaciones que revelan un conocimiento tan "profundo" de la realidad soviética y de la vida actual del mundo, es casi seguro que cualquier profecía que se intente está destinada al más rotundo de los fracasos.

Sarmiento

En este mes, un aniversario más nos trae la presencia de Sarmiento. Con mayor fervor y cada vez, con un claro sentido que se afirma, el país entero, rinde homenaje a su memoria ilustre. Mientras tanto tendencias regresivas que conspiran contra la nacionalidad, agitan pasiones e intereses oscuros, en un afán por negar la personalidad de Sarmiento y la de otros grandes hombres que honran el pasado argentino. Vientos de reacción golpean en los últimos años a la República, y con ellos, vientos de un confusionalismo calculado, tratan de tergiversar la limpia tradición de nuestra democracia. Todo ideario democrático y todo movimiento progresista que reconozca un vínculo directo con el pueblo y también sus hombres más representativos —que han buscado abstrair de la vida argentina el afonso de la cultura y la vieja herencia feudal de la colonia— encontraron siempre en su camino, en el pasado, como en este agitado presente nuestro, a las mismas fuerzas enemigas. Herencia feudal, monopolista, al servicio de clases minoritarias, para obstruir el desenvolvimiento de la nación.

Un nacionalismo cerrado, prepotente, agresivo, con debilidades por "el nuevo orden", a cuyo frente va bien la figura del estanciero Don Juan Manuel de Rosas, es el que ha crecido en infusiles, al calor de una reacción oficial que persigue como delito todo pensamiento liberal y democrático. El mismo que tuviera Sarmiento, y por el que las palabras y los puños, se le llevaban de verdades.

Sarmiento pensó que las ideas no se matan; y ahora las cárceles argentinas, se abren para malos las ideas. Educar al "soberano", era su producción; y ahora al "soberano" se lo matan en el comicio, se lo ultraja como ciudadano, se le desconoce sus derechos y sus garantías.

Identificado con la mejor tradición de nuestra historia, está Sarmiento. La nación, al honrar su ideario y su obra, afirma sus propias aspiraciones de pueblo libre.



LA ACCION DEL NAZISMO EN LA ARGENTINA

El valor fundamental que tiene el primer informe de la comisión de diputados que investiga las actividades antiargentinas, es el de corroborar, de manera oficial y con la autoridad de un organismo parlamentario, esas denuncias que ya estaban formando un estado de opinión sin que los poderes públicos se apresurasen a considerarlas.

Todo lo que la prensa libre, las asociaciones populares y los ciudadanos más responsables vinieron repitiendo durante tantos años, ha quedado plenamente verificado por la comisión. Sería el caso de preguntarse qué han hecho, entretanto, los funcionarios encargados de velar por la seguridad de nuestras instituciones. Por que se ha establecido que ya desde 1936 obraban en la cancillería informaciones acerca de la actividad que se proponían desarrollar los representantes diplomáticos del Reich acreditados en Buenos Aires, y se ha revelado también que en 1938, en medio de una reserva inexplicable, nuestro ministerio de Relaciones Exteriores debió reclamar a la Wilhelmstrasse por las actividades irregulares del embajador Von Therman. El gobierno ha ocultado cuidadosamente todos esos antecedentes. Sabía y callaba. Razón, pues, tiene el pueblo para desconfiar.

Pero, ¿cómo puede confiar el pueblo en el antinazismo de este gobierno cuyos actos —no sabemos por qué oculta y abstrusa intención— siempre están favoreciendo a los nazistas de entrecasa? Vayamos al terreno de la cultura. Mientras a la A. I. A. P. E. se le prohíbe toda clase de actividades culturales, o mientras se las posiciones dirigentes de la cultura argentina, TA, los "nacionalistas" están encaramados en Letras, o hacia la Comisión Nacional de Cultura, o hacia la Comisión Nacional de Bellas Artes, o hacia la Inspección de Enseñanza Secundaria. Los más notorios prohombres del fascismo criollo están allí, gozando de suculentos sueldos y premiando con los fondos del Estado a los abogados de la conspiración antidemocrática. Profesores abiertamente reaccionarios pueden utilizar la cátedra para pregonar su admiración por el tirano Rosas, y cuando el clamor popular logra una investigación y la suspensión provisional del catedrático antiargentino —es el caso reciente de Trelew—, no falta algún inspector encapuchado, capaz de lograr su reposición en el puesto, cual si nada hubiese ocurrido.

Quiere decirse que si el informe de la comisión investigadora ha revelado las actividades de los nazistas alemanes que se mueven entre nosotros, no podría olvidarse que siempre los segundos estos señores argentinos que sacan a la patria como latigallo de efecto en todos sus discursos. Y está visto que mientras los órganos directivos de la cultura nacional estén en manos de quienes pretenden destruir los fundamentos mismos de la nacionalidad, siempre existirá el riesgo de que se vaya deformando, poco a poco, la conciencia argentina.

No es menuda responsabilidad la que le cabe por todo estos al Poder Ejecutivo. El primer informe de la comisión investigadora constituye, en cierta medida, un cargo que se vuelve contra el gobierno. Todavía está a tiempo de reaccionar. Esperemos que lo haga.

El atentado de Versalles

Es significativo el atentado que acaba de hacer justicia en la persona de Pierre Laval, nombre con que se acostumbraba a designar a la traición. Es contra lo que de alevoso convoca su figura, y no contra su individualidad física, contra quien ha sido dirigida el arma. Su autor ha querido dar una expresión cruenta al repudio que el pueblo francés en masa siente por la política de colaboración con los nazis a la que pretenden arrastrarlo sus dirigentes, y en especial, por su falta de participación en la guerra germano-rusa. Colette viene a simbolizar de esta manera no sólo esa voluntad y sentimientos populares; su brazo representa también a los ejércitos civiles que en todos los países de la tierra, en todos los frentes, se movilizan para defender en mil formas la causa común del pueblo soviético.

Nunca han tenido fronteras las luchas en las que se debatía la auténtica libertad de los hombres, es decir, esa libertad cuya manifestación no es un estatuto político cualquiera, sino aquel que contiene el derecho conquistado por las fuerzas de renovación —a nombre de la sociedad— para proseguir sin descanso las tareas del mejoramiento espiritual y material de ésta, las tareas de su progreso histórico. Progreso, por otra parte, sin el cual el hombre no podría a su vez realizar su destino individual. Por eso la revolución rusa se confunde con la libertad hasta llegar a ser la libertad misma. Por eso la defensa del suelo soviético es la defensa de todos los territorios, de todos los países, de todos los pueblos. Por eso millones de "coletes" desgarzan sus brazos en el frente oriental contra los enemigos de esa libertad con el auspicio esperanzado y sobrecoigido de esos mismos pueblos. Por eso el hígado y el corazón de Pierre Laval, el hígado y el corazón de todos los "lavales" que elaboran su trampas telarañas para servir vergonzantes intereses, están definitivamente sentenciados.

Otro premio para fascistas

La Comisión Nacional de Cultura acaba de dar una prueba más del desajuste con que distribuye los premios que periódicamente otorga. El favorecido es, esta vez, el doctor Norberto Gorostiza, a quien se le adjudica el correspondiente a las obras de derecho y ciencias sociales.

Huelga decir que el premiado no es un jurista en el cabal sentido de la palabra. No conocemos obra suya capaz de enriquecer el acervo jurídico argentino, pero sabemos en cambio que don Norberto Gorostiza posee otros títulos que sobran para imponerlo a la Comisión contra la Cultura. El doctor Gorostiza es, en efecto, abogado de malas causas. No hay líder fascista empucado ante los tribunales que no haya sido tutelado de su patrocinio como letrado. Pero hay más todavía. El doctor Gorostiza es socio del estudio jurídico del ex senador Matías Sánchez Sorondo, presidente, durante varios años, de la maldadada comisión. Y esto explica todo. Poco importa, en efecto, que el doctor Gorostiza no deje



una obra destinada a señalar a la Argentina como cuna de dignos continuadores de Vélaz Sarsfield, Alberdi, Drago o Zeballos. Únicamente interesa consagrar, aunque más no sea oficialmente, —que suela ser la peor de las consagraciones— a los más conspicuos representantes del fascismo y la reacción autocrática. De esta manera, las personas despreciables podrán llegar a creer que ellos son los auténticos exponentes de la cultura del país.

Afortunadamente el pueblo, que nunca los consagró con su estímulo, conoce de sobre los puntos que calzan la comisión de maras y sus "ilustres" pasajeros.

"Nueva Gaceta" en América

La publicación de "Nueva Gaceta" ha encontrado un eco auspicioso en los círculos intelectuales del continente. Algunas voces de estímulo, que nos han hecho llegar amigos de diversos países, constituyen para nosotros un poderoso acicate para proseguir en esta tarea en que nos hallamos empeñados.

Una prueba de esa difusión la constituye el hecho de que dos diarios importantes de América hayan reproducido en sus páginas la "Carta desde Moscú", de Aníbal Ponce, que NUEVA GACETA publicara en su segundo número. Dichos diarios son "Hoy", de La Habana, que la transcribe en su magazine del 20 de julio, y "Daily Worker", de Nueva York, que la publica en su edición del 9 de julio, en una traducción debida a Samuel Putnam, el conocido especialista en cuestiones culturales latinoamericanas. En ese mismo número de "Daily Worker", se publica un largo artículo, debido también a Samuel Putnam, en el que analiza la labor de la A.I.A.P.E. se señalan las persecuciones odiosas de que la hace objeto la policía metropolitana y se emiten juicios elogiosos acerca de NUEVA GACETA. Si bien otros periódicos y revistas de la Argentina han venido reproduciendo, en los últimos tiempos, trabajos publicados en estas páginas, hemos querido destacar los ejemplos anteriores para que se comprenda cómo se va formando una conciencia continental entre los escritores libres.

UN EMPRISTA JACTANCIOSO

La revista "Sur" en su entrega del mes de Junio y con la firma de Etienne, publica un ensayo titulado: "Dialéctica materialista y dialéctica teísta", en el que se pretende impugnar al materialismo dialéctico valiéndose para ello de una exégesis —si así puede llamarse— asaz arbitraria y formalista. Recomendamos a su lectura como ejemplo ilustrativo de los recursos a que debe apelar el razonamiento, para atacar la corriente filosófica del marxismo, cuando, como en este caso, si bien no existe comprensión o buena fe, debe reconocerse en cambio una mayor información que la de los detractores al uso. Desde luego, resultaría inadecuado a estas páginas y al mismo tiempo impropio, referirse punto por punto a dicho artículo, tan cargado de sinuoidades. (No quedará por eso sin rectificar). Hay que limitarse, pues, al nudo de su exposición. Etienne considera al materialismo dialéctico, junto con el taoísmo y demás religiones o sistemas, como metafísicos por el hecho de aspirar a una concepción del mundo, y rechaza además la posibilidad de que de una metafísica pueda deducirse una política, una praxis. "Puesto que Nietzsche tiene razón contra Hegel —dice—, puesto que en lo real no pasa nada que corresponda rigurosamente a lo lógico, a lo metafísico, es preciso expulsar igualmente, como indignos de la sociedad, el no-obra del Tao y la agitación de los marxistas".

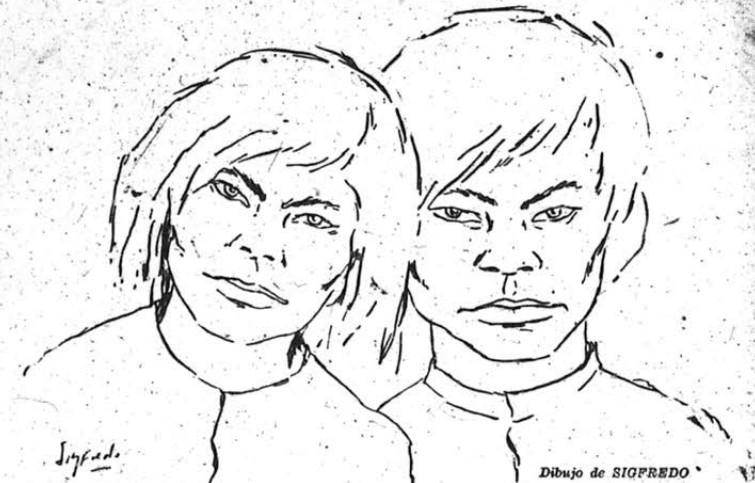
Yendo por partes, nos encontramos primeramente con que la praxis marxista no se inspira en una especulación metafísica, sino en una concepción del mundo que afirma —por la experiencia de la naturaleza de las cosas y mediante la cual se coloca al hombre en un estado de conciencia que le permite actuar e influir en el modo de manifestarse de esa naturaleza. Ahora bien, ese estado de conciencia tampoco es obra del marxismo, a no ser que se tome al marxismo a su vez como una expresión superestructural de aquella naturaleza de las cosas. De manera que la praxis marxista no es una imposición del espíritu a desprecio de la realidad; todo lo contrario, deviene de esta realidad y recién después elabora su cifra en el espíritu.

El articulista podría insistir alegando que siempre se trataría de una metafísica, porque el marxismo —al igual que las religiones— se arroja la verdadera interpretación de la realidad sin otro fundamento que el puro juego del espíritu, el cual es a su vez incontrolable: la negación de la negación o la existencia de una divinidad, según el caso. Perfectamente. Que impugna entonces los datos de esa interpretación marxista, y habrá impugnado al marxismo. Que impugna con otras conclusiones, las conclusiones obtenidas por el materialismo dialéctico en el orden económico, político, social, científico, y veremos qué sale de ese confrontamiento. Naturalmente, eso sería muy distinto y más áspero, muy arduo y más comprometedor, que enhebrar simples sofismas.

El mal de las religiones no está en perseguir la erección de un sistema y la organización de la sociedad de acuerdo a los lineamientos de dicho sistema. (De esta circunstancia común con las religiones no se puede sacar una reflexión contra el marxismo). El mal, sencillamente, está en que tal sistema, es decir, la concepción religiosa del mundo, resulta falsa y su vigencia ha sido y es explotada por intereses hostiles al hombre y al progreso social. Por ello, "las religiones son el opio de los pueblos", aunque este ofensivo siga escandalizando a los espíritus "sútiles". El problema consiste, entonces, no en el hecho mismo de la concepción, sino en que la concepción sea verdadera o falsa, teniendo en cuenta el momento histórico en que se formula.

En el fondo, el artículo es ridículamente pretencioso. Resulta que desde los más remotos tiempos la humanidad viene obrando a través de una concepción progresivamente perfeccionada del mundo que le rodea, lo que explica la necesidad de la filosofía. Pero he aquí que en 1941, nada menos, de la era cristiana, después de decenas de siglos de civilización, su tal Etienne se siente de pronto iluminado —algo así como una revelación surge de súbito en sus entendimientos—, y en unas cuantas páginas de amplia margen y menuda elucubración, invita a "las sociedades" a renunciar a todo sistema y a acogerse en el "sentido común y la modernidad" (sic) como las dos condiciones "de toda política eficaz y duradera". Que ese sentido común y esa modernidad terminarán por convertirse a su vez en una "política metafísica" para usar su expresión —pareciera no inquietar en lo más mínimo al autor.

En verdad y a fuer de consecuente, no debería Etienne pararse en barras. Nosotros le exhortamos, pues, a que se dirija de igual manera a los meteorólogos para que renuncien a los datos que les suministra la ciencia astronómica, porque tal, las creencias, por ejemplo, no son exactamente dóctiles a las ecuaciones y cálculos —metafísicos diría él— que prevén su fluctuación en el espacio. Que tampoco olvide, a todos aquellos que se dedican a aplicar las conclusiones de la investigación científica, ya que en "lo real no pasa nada que corresponda rigurosamente a lo lógico", esto es, a esa hipótesis de la realidad que es toda física. ¿Quién osaría dudar que "los pobres hombres" no "continuarán sudando sangre y pasando angustias" si el meteorólogo desechara como trastos viejos, instrumentos, tablas, compases, y se pusiera a observar el cielo, olvidado de la astronomía, pero, eso sí, con mucho "sentido y modernidad"? ¡Cabe la menor duda de que esta felicidad humana subiría un punto en lo incalculable si los ingenieros omitieran sus matemáticas y respiraran en mil pedruzcos sus planos y sus cálculos de resistencia de material; si los laboratoristas trizaran sus retortas y alambiques y se murieran sus libros técnicos? Es cuestionable que todo ello



Dibujo de SIGFREDO

CARTA A LOS ESCRITORES SOVIETICOS

Ehrenburg, Alexis Tolstoi, Babel, Svetlov, Pasternach, Snolgov, Bzdni, Golodni, Barta, Fedin, Stassky, Savich, Rokosov, Abietin, Vigodsky, Kelyin.

No respondería a vuestra amistad ni a mi conciencia, queridos compañeros y amigos, si os dijera en estos momentos, terribles y gloriosos para la acción que defendéis, para vuestros pueblos soviéticos, para vosotros mismos, mi adhesión y mi confianza. Esta confianza mía es la misma que compartimos juntos en España, cuando vuestra palabra verdadera se unía con la nuestra, cuando sobre nuestro país se destacaron aquellas mismas fuerzas bárbaras que hoy tratan de invadir vuestro suelo y vosotros estuvisteis a nuestro lado enteramente. Ahora no habrá un solo escritor español, digno de esos nombres, que no se sienta identificado con vosotros. Vuestra guerra es más espantosa y gigantesca que la que fué la nuestra. En cambio, no tenéis entre vosotros la traición que entregó al enemigo vuestra patria. Vosotros sabéis que al pueblo español no se le ha vencido sino asesinado y encadenado, y que en su vida inextinguible cree y espera en vosotros más que nunca y con él todos los españoles que no nos damos por vencidos; que no hemos renunciado a vencer, porque no le hemos traicionado ni nos hemos traicionado a nosotros mismos.

Viven en mi recuerdo, ahora, dolorosamente, aquellas horas españolas que convivimos juntos. Y, como una brisa que refresca sus quemaduras, las que me ofrecisteis vosotros, breves, en vuestras tierras y ciudades todavía entregadas, confiadamente a la paz de vuestro trabajo, la paz tan duramente conquistada por un esfuerzo de fraternidad y de justicia que no tuvo ni tiene igual en el mundo. Yo siempre he querido a vuestro país; en vuestra vida y pensamiento; por eso, cuando, entre vosotros, primero en 1928 y luego en 1937, he visto y he sentido vuestra obra, no voy nunca —dejando aparte superficiales discrepancias ideológicas (yo no soy un hombre de ideas, no soy un ideólogo) — por compartir fraternalmente vuestras humanas esperanzas. Y en decirlo; honrándome a mí mismo con ello. Yo os he visto salir serenamente, de la prueba del fuego revolucionario de la guerra civil e internacional os dejó el sabor a quemado del infierno. Pues cuando llegaba a vuestra patria, nueve años después de haberla visitado entre los despojos sangrientos, las ruinas, prendas visiblemente angustiadas todavía de aquella fuerte lucha vuestra, yo también guardaba en mi boca, pegado al paladar por mi pueblo en vislumbre agonía distante, aquel gusto y regusto infernal que un fuego que es conciencia y a que por serlo nos consume hasta los huesos purificándonos. Apenas sé, estando entonces entre nosotros, en vuestro Moscú, en Leningrado, yo me sentía otra cosa que un empavesado esqueleto de ceniza y de sombra. Un quietosco nombre español que vosotros abrazabais, entonces, en vuestra paz fuerte, con ansia de verdadera comunión viva con España. Y al abrirme a vuestros hogares propios, sonreíais comprensivamente a mi dolor, poniendo cálidamente vuestra abierta mano esperanza sobre la mía cuando llegaba a vuestra patria. Yo vi en tontos la plenitud humana de vuestra fuerza espiritual que derramaba su alegría y confianza ciudadana sobre la nieve de Moscú en verdaderas cataratas jubilosas de innumerable infancia. La que compartía su felicidad con las pequeñas huestes fraternales que os llevamos los españoles para salvarlos de la muerte en vuestra España. La mano de nieve de Moscú se derretía en la mía con empeño cordial de pura comprensión veraz, de entera convicción. Y al sentir todo aquel milagroso logro de vuestro constante heroísmo, que en sólo nueve

años, y con un hombre, Stalin os había ofrecido aquel efectivo paraíso, no tuve para las objeciones críticas que me pedían humildemente que os hiciera, en mejora de vuestro trabajo, más respuesta que una admisión dolorida; porque el presentimiento de la guerra que a nosotros ya nos hería se sembraba invisiblemente en las sombras.

"Defendemos —cantan vuestros pueblos— la felicidad de la vida y la alegría de nuestros hijos". La muerte, la barbarie, viene a arrebatarnos esa dulce presa que habíamos alcanzado tan justa y generosamente para la humanidad entera. Millares de vuestros mejores trabajadores, como otros tantos españoles nuestros, los más jóvenes, los más fuertes, han dado su vida, la están dando, por esta defensa, que es la verdad en la que nos sentimos unidos, ahora más que nunca, trabajadores, intelectuales, por encima de nuestras frágiles ideas y sus contiendas, por una comprensión de la acción que habéis salvado de la muerte y la razón de vuestra obra no es necesario más que ser hombres y pensar con el corazón. De corazón, compañeros y amigos míos, estoy con vosotros hasta la muerte. Creo y espero que, en vuestra victoria —que es la nuestra. Y si está débil voz mía, por española, puede ser una sombra de aliento y esperanza, tomadla como vuestra: por la verdad que defendéis con vuestra vida, que es "la felicidad de la vida y la alegría de vuestros hijos", la verdadera libertad por la paz, del porvenir del mundo; del porvenir humano; la libertad del hombre y de los pueblos en el mundo.

Estoy con vosotros, compañeros y amigos, con esa terrible y magnífica seguridad alegre con que lucháis y que me llena de orgullo de poder sentirme, ahora, como siempre, por español, por escritor, por hombre solo, amigo vuestro. Os siento cerca de vuestro lado. Os abrazo.

José Bergamín

(VIENE DE LA PAGINA UNO)

var a la función pública a conocidos líderes del nazismo riolito. Finalmente, la Cámara de Diputados se hizo cargo de la investigación. Los resultados ya los conoce la opinión pública. Como también conoce la mala voluntad del Poder Ejecutivo para auxiliar la labor investigadora. Una vez más, los representantes de la oligarquía instalados en las más altas magistraturas, demuestran, con sus hechos —ya que no con sus palabras— su poco empeño en defender el patrimonio moral de la nación, constituido por sus leyes liberales y por el espíritu democrático que las anima. La Casa de Gobierno permanece pasiva frente a la vasta conjunción. So pretexto de que la guardia central del complot está asentada en la embajada de Alemania, sienten delicados escrúpulos de cortesía internacional, y pide permiso a su fundador que maneja fúidos retos para que se investiguen hechos en los que está en juego nada menos que la existencia de la nación. ¿Es que, acaso, nuestros gobernantes no sienten, con el mismo fervor que Rivadavia y que los demócratas de hoy, ese sentimiento que se llama patriotismo, y que con tanta alharaca proclaman a cada rato? Ellos son también patriotas. Quieren una patria de clase, gobernada por una minoría selecta de latifundistas y abogados de latifundistas, de dueños de vacas y de traficantes en vacas. Y para alcanzar esa patria ideal con la que sueñan, ningún vehículo mejor que la represión de las libertades públicas, la anulación de la ciudadanía, el desprecio a la personalidad humana. Ideas coincidentes con las que alientan, para otros fines, los agentes de la Gestapo tan respetados por la oligarquía gobernante. Ideas que no se avienen, claro está con los intereses de la nación, ni con la obra de Bernardino Rivadavia, cuyo aniversario acaba de celebrarse ante el frío silencio de estos estadistas de nuevo cuño, destructores deliberados de su recuerdo.

Arturo Sánchez Riva

NO IMPORTA QUIEN

Paralelamente, en nuestro propósito de dar a conocer a los nuevos valores de la narrativa argentina, presentamos a Ignacio Sender, joven cuentista rosarino cuya calidad extraxa el lector de este primer trabajo muy que publicamos. Los cuentos de Ignacio Sender se mueven sobre el paisaje humilde y gris de su ciudad de origen, teniendo pasiones de adolescencia.

Elvio nada tenía en su cerebro acaso enfermo. Su camino frío y triste, interminable a veces, le daba un razón para mantenerse alejado de los amigos. Porque se hacía desagradable cuando sin explicarse nadie por qué agitaba sus manos por sobre la cabeza gritando el nombre de su novia. Y no existía manera de hacerlo callar. El conocía las palabras, los afectos, las sonrisas de Teodolína. El recorrió las calles por donde Teodolína anduvo.

Así, al salir del callejón, Elvio se escondió tras los tapales de Lolo y esperó a que éste pasara. Lolo venía silbando desde el boliche. Al pasar junto al tapal de su casa sintió una mano en su cara que lo detenía. —No disparés, Lolo. Elvio le había tomado de las solapas del saco y lo conducía hacia el hueco oscuro, detrás del tapal. —Va a ser mejor que no disparés, Lolo. Lolo trataba de hacer fuerza con sus manos y con sus piernas pero un miedo espantoso le perseguía los ojos haciéndolo apartar la mirada de la cara de Elvio. Su agitación no le permitía hablar; apenas si se oía de vez en cuando algún sonido que salía de su pecho como un auxilio. —No grites; va a ser mejor que no grites. La voz de Elvio retumbaba en sus oídos frías, haciéndole sentir cerca un calor de insulto cada vez que esas palabras le llegaban. Pero Elvio parecía estar como siempre, que iba a gritar el nombre de Teodolína. Le llevó a veinte pasos. Se enfrentaron. Lolo soltó las solapas y sonreía golpeándole con el índice bajo el mentón.

—Ahora podés disparar, Lolo; si querés, gritás... Lolo estaba duro como un poste, nada podía decir; ni siquiera una palabra. Tenía la frente llena de arrugas y los ojos inmensos, abarcando casi todo su rostro. La boca se le había alejado. Lolo miraba.

—Ahora podés gritar... Y la voz de Elvio volvía a retumbar sombría en los poros de las paredes. Se le había pesada. —Podés gritar, Lolo. Y era una burla ante el estupor de Lolo. El le proponía gritar para ofrecerle su propia defensa, para que no sintiese miedo, para no abusarse de su inmovilidad. —Gritá Lolo. Decí aquí mismo lo que decías ayer. ¿Qué sabés vos de Teodolína? ¿Acaso vos...?

Y su pausa brutal caía sobre sus espaldas y creaba un dolor para no dejar a Lolo seguir hablando. El sentía en su garganta ese dolor y ansiaba huir alejándose de sus pensamientos, desterrándolo de su cuerpo, muriendo un poco para no encontrar los ojos de Elvio, ni su sonrisa dura, ni sus labios gruesos, desolados y secos, ni su pecho tranquilo.

El no se encontraba fuerte. Lolo era ahora un pequeño niño dejado al azar en un campo y lejos del agua y del pan, pero con un hambre desde sus entrañas. Y un calor que se le iba metiendo y no podía salir de su pecho. El lo hubiera querido así. Tomar con una mano la cabeza de Elvio y retorcerla hasta oírlo gritar y le corriera luego una baba por los dedos. Prenderse a sus pelos y que Elvio mirara el cielo implorando. Pistotear su cuerpo y sentir en los pies quebrarse los huesos, para entonces poder decirle en sus mismas orejas, en las orejas de Elvio: "Si, muchacho; yo ando con Teodolína y es posible que la próxima vez tenga que llamar a su partera. Mirá Elvio; me mejor que me dejes tranquilo y sigas tu camino. No volvés a meterte en lo que no te importa". Haciendo recalar las últimas palabras. Pero no. Elvio sabía de su Teodolína más que Lolo. Teodolína sabía también más de Elvio. Y al pensar de esta forma tenía dibujada una sonrisa en los labios. Estaban ahora en el límite de su inconsciencia: sus pensamientos le estaban salvando. Movía los labios. Como sacando de sus bolsillos llenos de algo, Elvio alcanzó a oír: "No te importa". Lo había pensado en voz alta. Lolo vibraba todo entero y su voz se oyó como una música infinitamente lejana, dicha del otro lado de la vida. Dicha con el cerebro.

—Y... qué decías? Pero era tarde: Lolo cayó a sus pies. —Parece mentiroso; tanta virtud hiciste ayer y ahora te caés. ¡Si serás perro! Elvio soltó las solapas de donde lo tomara para hablarlo, haciendo como si soltase algo inhumano. Y volvió al tapal. Se fué por la vereda. Llegando al boliche se quitó el sombrero saludando: —Buenas...

—¡Hace fría afuera, Elvio? —preguntó don Pepe, sacando la cabeza por sobre las botellas. —No mucho.

Era el invierno. Por cada hoja caída y cada sol que no salía, Elvio tenía una palabra para olvidarlo: Teodolína. Ella sí que lo sentía. A veces le decía cuando se encontraban, del tiempo y el frío andando por su cuerpo. El invierno había encerrado a Teodolína. Y él nada podía hacer.

—Engrasá tu bicicleta, Pepe; ¡me preparás un bife a caballo? Se colocó el sombrero y salió apurado. E n la calle se

agachó para acariciar un gato el que, se escapó corriendo a colocarse por una pared de al lado. —No disparés, Lolo —Y una carcajada le inundó el cuerpo.

—Mozo sonso; si uno quiere acariciar se escapan y si uno no quiere acariciar, se tiran al suelo. Cuando hubo llegado a la puerta de fierro, miró por sobre las chapas meneando la cabeza; luego, asintiendo de los barrotos, se encaramó hasta colgarse del marco y silbó. Mientras se soltaba y frotándose las manos como para fundamentar una idea, se dijo: "no hace frío; son cosas del gallego...". Y escupió, a modo de su bifo al marco y silbar otra vez. "Teodolína debe estar durmiendo; —pensaba—, estas mujeres son como las gallinas: se entra el sol y ellas se encierran. Bueno, que si tiene frío el gallego como no lo va a sentir ella que es mujer...". Y se alejó volviendo la cabeza a cada paso. "Veremos si luego sale". Siguió caminando hasta el boliche. Al entrar miró por última vez la puerta de la casa de Teodolína.

—Che Pepe, ¿han salido los de enfrente? —No. Te vino a buscar Lolo. —¿Lolo? Esta noche Lolo no va a venir; creo que anda medio enfermo. ¿Y el bife, gaita? —En tu mesa. Y no te pasés.

Elvio lo miró por sobre el hombro y tosió, sentándose a la mesa. Cortaba el pan para hacer pequeños bollos con su pipá. Miraba el techo, los tirantes, los rincones, las sillas desordenadas. Movió la cabeza negativamente. —Se va a enfriar el asunto, —dijo empezando a comer. —Ché, trae medio litro. Comió como pocas veces lo hiciera; rápido, bebió casi de un trago el vino, se limpió la boca y salió. En la puerta retrocedió un paso hacia dentro para mirar a través del vidrio.

—Ché gaita; decís que vino Lolo. Volviéndose, se encontró con don Pepe. Movió la mano con los dedos juntos hacia arriba, preguntando: —¿Te dijo algo para mí? Habla gaita.

—Hombre; preguntó por mí y se fué. Como todas las noches. Qué día de mala suerte. Y abrió la puerta golpeándola. Al salir siguió por la vereda hasta la casa de Teodolína. Allí cruzó para llamar en la puerta de fierro.

—Teodolína, estás allí o no estás. A ver si salís un rato. Elvio había agitado, no por el trayecto sino a causa de una duda. El había visto entrar alguien en la casa

de Teodolína; alguien que entraba. Bien pudo haber sido Teodolína. Quién iba a entrar a esas horas si la madre estaba en cama y su hermanito vivía con la tía?

Cosa rara, caramba... —Teodolína, estás o no estás. Habla muchacha. De pronto, se abrió la puerta de fierro. El Lolo estaba dentro, junto a Teodolína. Tenía en su cara un color distinto, los ojos rojos casi, el labio caído hacia fuera. Despeinado, con el sacó sucio de tierra y el pantalón roto en la rodilla.

Lolo lo invitaba a pasar con las manos... Acompañaba su gesto cerrando un poco el ojo derecho y abriendo el izquierdo. —¿No querés entrar, Elvio? Te invito yo. —Si; voy a entrar pero también a romperle los huesos, perro. Te lo he prometido. Pero Lolo se hizo a un costado y dejó a Teodolína junto a Elvio. Ella, callada miraba a Elvio pasándose una rama de cedrón por la nariz.

—¿Cómo te va, Elvio? —Teodolína más: ¿qué hace éste por aquí? ¿Vos lo dejaste entrar? O te vino a contar lo que sucedió hoy. ¿Te dijo algo?

Ella no respondía, continuaba quieta con su rama de cedrón. —¿Vos alabramos, junto al arbolito de cedrón y el paraíso, estás Lolo, Callaba y a cada palabra de Elvio acompañaba con un golpe de pie.

—Decí todo de una vez, Elvio. Te permito besar a Teodolína. Si ella quiere y vos también, pueden besarse. —Callate, gusano —y se acercó a la muchacha, —¿cómo no va a querer que lo beses? ¿No es cierto Teodolína?

La muchacha retrocedía a cada paso de Elvio. —Vení, Teodolína, venía para que vea ese sonso... Y le tomó los brazos. Siempre en silencio, ella volvió la cabeza para mirar a Lolo...

—¿Qué hago ahora Lolo? Me va a besar... —Bueno basta, —dijo Lolo sacando un revólver—, basta; aquí siempre anduve yo. Te vas adentro y callada, ¿sabés? y vos te arrojás a la puerta; quién sabe... a lo mejor podés escapar.

—¿Quién, yo?... No sé nada. —Y se arrojaba despacio mirándolo fijamente. Elvio estaba resuelto, tenía su pecho como siempre; para él no era mucha emoción sacarle el revólver al Lolo y encerrarlas unas cachetadas.

—N Elvio, para estar lado no... Y disparó tres veces.

Ignacio Sender

MILITANCIA DEL POEMA Y EL SUEÑO

BOLETIN 1

Especto de cielos agrios, rumor de truenos y ríos. Hay montones de ceniza, hay piedras, pólvora y gritos. Confusas puntas de estrellas queaman su asombro en los ríos. A veces, ay, junto a un árbol se desangra algún latido. Y de la entraña del mundo sube un clamor de vacío, como una hoguera de voces con losa, metal y vidrios. La sangre corre que corre y arde que te arde en su sitio. A golpes las hojas secas entran desnudas al grito. De cadáver ardiendo, tierra y gusanos, corroidos; y una luna que se incendia en mitad de los caminos. Los vientos, gruesos de escarcha. Los ojos, duros de frío.

Es que la bota de Hitler sobre España se ha extendido.

CEGUERA Y OLVIDO

Cómo está desprovista de latido la tierra. Y silenciosa. Y abatida. Como se espesa de rencor la vida y hasta la muerte muere entre su olvido.

Y PROCLAMA

Madre Soviética, hermana, —Juventudes del Partido, proletarios, koljoseanos, escritores, campesinos—, yo, con mi sangre y mis uñas, yo, desde América grito: ¡no olviden sus trigales cuando el hombre su arcilla, su norte, su acero vivo, su escelta, su sol, sus huesos y hasta el nacer de los ríos, su levadura, su sal, su experiencia y su albedrío, como en un árbol los frutos con hojas y con rocío, tan a mano de su sangre, ¡tan de su piel y su grito!

¿Cuánto luto, y gusano, y sol perdido, entre cruces y pus, y cuánta herida, nombre sin dueño, voz desconocida, y vegetal ardiendo y ya podrido.

Ay, qué ceniza, sin ceniza, y dura, viento que es filo de metal y fuego, esqueleto de pie y ya sepultura.

Y cuánta estrella en degollado rugo su inocencia entre pólvora clausura en tanto el mundo permanece ciego.

BOLETIN 2

Ay, camaradas, qué espesa la sangre de este suplicio. Andan vientos como potros sobre las carnes del niño. Podrán las flores sus pétalos. Afina el crimen sus filos. Está la estrella del alba quieta, sangrando sus brillos.

José Portogallo

[NUESTROS
ARTISTAS:
RAMÓN
GÓMEZ
CORNET



"FIGURA DE MUJER"



"ESTUDIO"

La humildad —he escrito en otra oportunidad— es el signo bajo el cual Ramón Gómez Cornet va desarrollando la áspera tarea de expresarse. "En arte —escribía Cézanne en sus últimos tiempos— se es aprendiz toda la vida. O se es un farsante". En actitud humilde de aprendiz está Gómez Cornet frente a la naturaleza y frente al arte. Es un humilde asaltado por infinitas timideces cuando se aproxima, lleno de una emoción desbordante, al paisaje o al hombre que constituye el objeto de su pintura. Es un humilde dominado por una probidad temblorosa cuando traza cada línea de cualquiera de sus dibujos, del más insignificante de sus bocetos. No es por casualidad, ciertamente, que sus personajes, las figuras de sus cuadros, de sus dibujos, son —con preferencia— gentes humildes, pobres gentes de las pobres tierras resacas de nuestro país. Gómez Cornet no ha llegado al hombre y al paisaje de nuestro país enarbolando una retórica, dispuesto a aplicarla a todo trance. Ha llegado armado, sólo, de su humildad sensible, de su infinita sensibilidad humilde y se ha detenido ante la realidad, tímido, respetuoso, desconfiando de sus propios ojos, de su mano, tal vez de su misma sombra.

Pero el arte —tan duro con los pedantes, con los suficientes— suele ser generoso con los humildes, con los tímidos, con los tenaces, con los trabajadores silenciosos. Cada línea de Gómez Cornet —podría decir cualquier crítico— está "sentida", Ciertó. Está "sentida". Está "vívida", "sufrida", podría agregarse. Una línea de Gómez Cornet tiene, por eso, más vida que cuadros enteros. Cada línea de Gómez Cornet, por eso, es humana y es plástica, conmovedoramente plástica. Como todo, en suma, lo que en plástica es verdadero, está es, no retórico, no convencional.

Si fuera legítimo intentar, en unas pocas palabras, la definición del arte de Gómez Cornet —tan válido por tantos motivos de inabarcable mención en esta limitada oportunidad— no sería aventurado proclamar, tal vez, que su pintura es el honesto reverso de lo convencional, la contrafigura plástica de la grandilocuencia. — C. L.